

Predicación para el Domingo de Ramos, 20.3.2005
Mt 21: 1 –11 por Pedro Zamora
(-> A las predicaciones actuales: www.online-predigten.de)

Gente del camino, gente de la ciudad

Como el texto del Domingo de Ramos tiene una larga historia de interpretación, no voy a referirme a aspectos que todos conocemos. Por el contrario, quisiera que nos fijáramos en un aspecto muy concreto, a saber: el contraste que se establece de las gentes de aldea (v.2) y del camino que conduce a Jerusalén (v.9) con la gente de la ciudad (vv.10-11).

La gente del campo desborda en alegría y su proclamación es nítida: “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!”. Pero esta proclamación iba precedida de unos gestos verdaderamente elocuentes en cuanto a la autenticidad de la proclamación: “Y la multitud [...] tendía sus mantos en el camino, y otros cortaban ramas de los árboles y las tendían en el camino”. Gestos y palabras hablan de una plena disposición a seguir a quien consideran maestro.

Por el contrario, cuando entra en la ciudad hay una conmoción, sí, pero no en el sentido festivo que acabamos de ver, sino en sentido más inquisitivo (¿más racional?): “¿Quién es éste? Y la gente decía: este es Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea”. Por más que esta respuesta nos parezca positiva (lo cual es harto discutible), no deja de ser muy fría, muy “descriptiva”, ya que nos da el nombre propio, la profesión (“profeta”), y finalmente el lugar de procedencia (“de Nazaret de Galilea”). En otras palabras, es una acogida distante. Sin duda, es acogida, pero no con la misma disposición a tender mantos y ramas a sus pies.

Gente con un camino, gente sin un camino

Yo creo que la diferencia entre estos dos grupos es que unos tienen un camino que andar, es decir, deben seguir una dirección, y por ello se hallan predispuestos al seguimiento, mientras que otros no tienen que ir a ninguna parte porque están bien donde están, lo cual les hace ver a los “caminantes” con cierto grado de inquietud o sospecha. Muchos de mis amigos que han hecho el famoso “Camino de Santiago” comentan la hermosa experiencia de caminar con otros que nunca antes has conocido, a los que puedes abrirte porque no hay ninguna otra distracción en el camino. En el camino, sólo están quienes recorren el mismo camino. Y obviamente, me refiero a un camino largo, no a un breve tránsito; un camino cuyo punto de partida y de destino se distancian enormemente entre sí.

En la ciudad, no hay caminos: hay puntos de tránsito. Los puntos de partida y de destino están demasiado cerca entre sí, de modo que el transeúnte jamás experimenta la necesidad de abrirse a otros transeúntes. Además, la ciudad, la gran ciudad, es punto de destino de muchos caminos. En ella hay una gran diversidad: cada uno ha entrado por un lugar distinto. ¡Así es la vida! En la ciudad es muy fácil decir aquello de “cada loco con su tema” y por tanto en la gran ciudad uno se pregunta: “¿Por qué razón tendría yo que escuchar a cada loco que llega por aquí?”.

Gente con una proclamación, gente con información

Hay que imaginar que tanto los unos como los otros eran judíos, o sea, miembros del pueblo elegido, el pueblo que se define a sí mismo como creyente. Pero unos se disponían más fácilmente para la proclamación y el seguimiento que los otros, más predispuestos a tratar con información. Los unos proclamaban al mundo un mesías, mientras que los otros –más cautos y más sofisticados– se limitaban a transmitir una información. Y si se me apu-

ra, podían llegar a ser muy críticos en el tratamiento de su información. Son dos formas distintas de pertenecer al pueblo de Dios.

Pero quizás nuestro problema actual es que no haya equilibrio entre ambas formas de pertenencia. Quizás hoy predomina la “gran ciudad”, ese entorno crítico que nos exige distancia, cautela, manejo de información. En efecto, el mundo moderno nos ha acercado tanto los puntos de partida y destino, que ya no existen realmente los caminos. Las autopistas, los ferrocarriles de alta velocidad, las líneas aéreas, etc., todo se ha conjurado para eliminar de nuestra existencia la experiencia de la transitoriedad prolongada. Nuestro mundo occidental es ya una gran ciudad, la famosa “aldea global” en la que muy pocos pueden de verdad pasar una buena parte de su vida “en camino”. O sea, muy pocos pueden experimentar la grandeza de la apertura a la sorpresa, a lo desconocido, sea bueno o malo. Son pocos quienes emprenden un viaje para encontrarse con la experiencia más fundamental de su vida, con quien va a ser su Señor para siempre.

Hace unos meses vi la película *Diarios de una motocicleta*, basada en el viaje que Ernesto Guevara (“Ché” Guevara) y Alberto Granado emprendieron allá por los años 50 para recorrer toda América Latina. Este viaje cambió sus vidas y determinó el resto de ellas. Encontraron aquello que marcaría el resto de su vida. Así son los verdaderos viajes cuyos puntos de partida y de arribada distan entre sí lo suficiente para exponer a la precariedad a los viajeros. Es en ellos donde se descubre algo (o alguien a quien) proclamar y seguir.

Por este motivo, creo que el relato del “Domingo de ramos” es una apelación a replantearnos nuestra forma de pertenecer al pueblo de Dios. Es un llamamiento a equilibrar más nuestra experiencia de fe, excesivamente decantada del lado de la información, del análisis crítico. El relato nos llama a prepararnos para un viaje de verdad, dejando atrás Jerusalén para encontrarnos con el Señor. Ciertamente, siempre será bueno que Jerusalén esté ahí, haciendo su crítica y ofreciendo su análisis objetivo. Pero ¡no podemos dejar que sea la única realidad de fe! ¡No puede ser la única forma de ser pueblo de Dios! Tanto la iglesia como la sociedad necesitan de personas que hayan emprendido un largo viaje y hayan encontrado en él una esencia. Y por supuesto, el cristiano tiene que estar dispuesto a emprender un largo camino para descubrir no al señor de sus ideas, sino al Señor de su vida, al Señor de la Vida.

Quiera Dios darnos la valentía de atrevernos a salir al camino y recorrerlo hasta encontrar a Aquél que vale la pena proclamar y seguir.

Pedro Zamora, El Escorial
pedro.zamora@centroseut.org